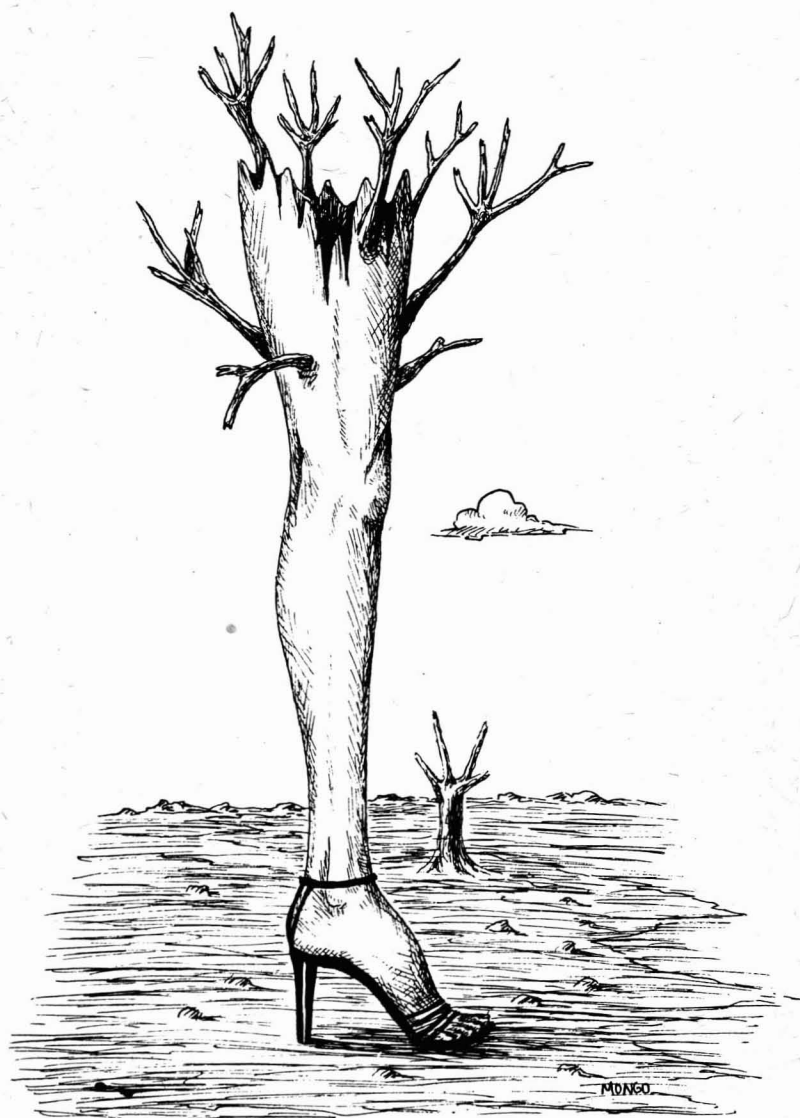


Los vaqueros en el pozo*

Cerca de la linde del bosque, un rayo de sol encendió el piloto trasero de la bicicleta de Dionisia. Aquel repentino punto rojo persistió durante unos metros y se apagó antes de que la bicicleta llegase a la primera hilera de fresnos. A pesar de su brevedad en medio de la tarde resplandeciente, a Prudencia, que miraba desde la ventana de su dormitorio, aquella luz, ambiguamente artificial, le alteró su manso estado de ánimo. De repente sintió extrañas las tardes parsimoniosas, incongruente que ya la niebla no fuera espesando la penumbra y, lo que le resultaba más inquietante, sintió una perversa nostalgia de las mínimas tardes del invierno. Dionisia pedaleó con mayor ímpetu, al iniciarse el suave declive que, en unos instantes, la zambulliría entre los fresnos, suprimiendo del paisaje lo único que en él se movía. No era nada más que un simple artilugio reflectante, hasta de forma obscena, sin

conexión con la dinamo de la rueda delantera y, ahora que acababa de apagarse, todo parecía haber cambiado como después de un último saludo. La bicicleta verde, siempre en línea recta, tardaría muy poco en disolverse en la sombra del bosque. Cuando amaneciese, Dionisia subiría la pendiente, pedaleando con esfuerzo; un trecho de recuperación y adquiriría una velocidad regular por el tramo llano del camino, hacia la cerca de arizónica. A cada metro que avanzase se vería que en realidad iba dirigida hacia el portón de madera, de tal modo que a Prudencia le sería fácil calcular en qué momento dejaría de ver la bicicleta, nada más entrar en la zona del camino invisible desde la ventana. Antes de que reapareciese, transcurriría un tiempo imposible de medir, pero que, durase lo que durase, terminaría al abrirse una de las hojas del portón en ángulo agudo, apenas lo imprescindible para que cupiesen primero la bicicleta y detrás, conduciéndola con una asombrosa maestría, Dionisia. Mientras Dionisia, por uno u otro de los senderos del jardín, alternativamente oculta y reaparecida entre los árboles, se fuese acercando a la casa, un rayo de sol alcanzaría la galería encristalada en la esquina de las fachadas sur y oriental, en el segundo piso, bajo la terraza solarium que había ganado al tejado uno de los arrebatos reformadores de Prudencia. Y, en un instante imposible de determinar, Dionisia desaparecería del jardín, quizá porque habría entrado en la casa por el porche, quizá porque la habría rodeado. Sin embargo, la regular aproximación de la bicicleta por el tramo llano del camino, la desaparición en la zona desenfiliada —desde la ventana del dormitorio—, la invisible llegada ante el portón de doble hoja, Dionisia frenando, descabalgando la bicicleta, ¿observando las nubes?, ¿agachándose a recoger una amapola?, ¿ajustándose las bragas con las manos sobre —o bajo— la falda?, ¿recitando un conjuro?, una de las hojas del portón abriéndose en un ángulo apenas suficiente, y por unos segundos, la bicicleta, sin Dionisia, penetrando en el jardín, era una secuencia sólo comprobable en mañanas sin viento, cuando Prudencia, desde la cama, al oír el crujido de la grava bajo la ventana de su dormitorio, tenía el primer indicio real de que el viaje de Dionisia había terminado. Porque no era infrecuente que Prudencia, en la obscuridad del dormitorio, fuese calculando, a partir de un instante preciso, las sucesivas etapas del recorrido desde la linde del bosque hasta la grava del jardín y, salvo errores de segundos, la grava crujía en el momento esperado. O que parecía ser el esperado, ya que el avance por el camino, la acomodación de la ropa, la recogida de la ampola, la observación de las nubes o el conjuro, en la zona invisible ante el portón, constituían únicamente pretextos ambientales, el fondo de una imagen de Dionisia llevando, sin desviarse, la bicicleta cogida por el sillín. Nunca la había visto llegar antes de la salida del sol y quizá hacía años que una tarde —o



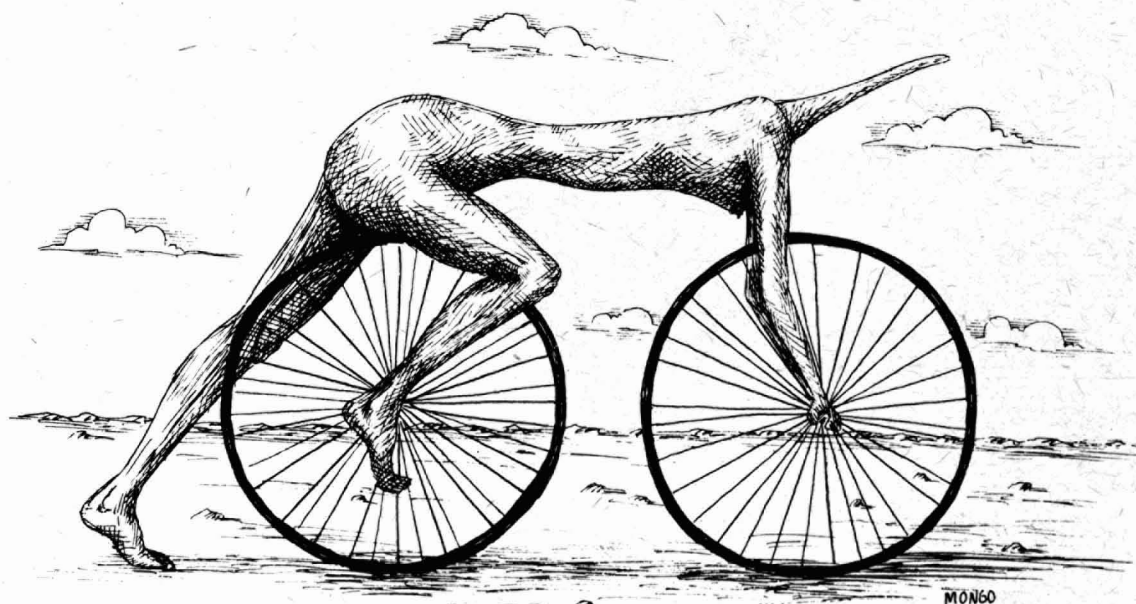
el día del incendio— la vio por última vez dirigiendo la bicicleta sólo con dos dedos de la mano derecha en el sillín, pero aquella sorprendente maestría, evocada al amanecer le permitía a Prudencia volver a dormirse. A las diez, cuando Dionisia le colocaba la mesita del desayuno sobre las piernas, Prudencia contemplaba el pelo de Dionisia, rubio y a mechones canoso, abundantísimo, generalmente a aquella hora recogido en una ostentosa cola de caballo, y, en tanto que bebía a sorbos el café, descubría que, unas horas antes, menos despierta de lo que había creído, quizá no hubiera adivinado con casi exactitud la llegada de Dionisia en la bicicleta, sino que había ensoñado un camino de tierra azul por el que avanzaba un enorme cuerpo desnudo, llevando por el sillín un bicicleta asombrosamente equilibrada. En todo caso, una vez que la bicicleta verde se diluyese dentro de unos instantes en la barrera sombría de la primera hilera de fresnos, cuando la tarde recuperase su inmovilidad y, después, acabara —si acaba— y llegase la noche y transcurriese la noche, cuando despertase —o creyera despertar— al amanecer del día siguiente, lo que era seguro es que los nuevos habitantes de la casa iban a impedirla quizá la operación de, soñando cronometrar el recorrido de la bicicleta de Dionisia, fabular una imagen maravillosa. Ahora ya nada se movía en el paisaje. Prudencia, ante la inminencia de perderla, sintió próximos los vértigos de la soledad.

Pero se apartó a tiempo de la ventana. Cruzó el dormitorio desanudándose el cordón de la bata y recorrió la puerta de rejilla del armario empotrado. Eligió su slip blanco, una medias negras, la larga falda de terciopelo negro y la negra blusa de gasa, sin mangas. Frente al triple espejo del vestidor (aquel hueco entre el dormitorio y el baño al que

una semana después Conrado llamaría el boudoir de Prudencia), sin mirarse, se calzó unas sandalias plateadas de altísimo tacón antes de atreverse a abrir los ojos y encarar el resultado. De inmediato, la artificiosa posición de sus pechos apretados por la gasa transparente le provocó un estremecimiento.

Una voz inarticulada, desde alguna de las habitaciones vacías, le recordó —pero sólo algunos atardeceres oía sus pensamientos a lo lejos— qué especie privilegiada de mujer era ella, Prudencia, aquella figura de pechos impúdicos y de rostro tallado, escalofriada ante unos despiadados espejos. Atravesando el dormitorio con la máxima celeridad que le permitía la larga falda ceñida, sin preocuparse de la armonía de sus movimientos, pasó de habitación en habitación —dispuestas por Dionisia aquella mañana—, fue colocándose delante de cualquier espejo, más ante los dos cuartos de baño, se demoró también en el cuerpo entero del rellano de la escalera y, por fin, en el piso inferior, ante una luna enmarcada en un óvalo de brocado amarillento, Prudencia, acariciándose los hombros, los brazos, ensayando lentísimamente una sonrisa, consiguió una sonrisa, consiguió profetizar, retenerlo, fijarlo, un gesto escandalizado de Marcela. Luego, se dio cuenta de que estaba sentada en una butaca del salón principal, de que allí la tarde había empezado a caer, de que, sólo por imaginarlo, tendría la desfachatez necesaria para recibirlos así vestida.

En muchas ocasiones de los últimos años alguno de aquellos repentinos vértigos la incitaban a hablar en voz alta. Estaba orgullosa de haber resistido siempre, porque, aun sin razón alguna, le avergonzaba la posibilidad de hablar a solas, intuía que una única palabra pronunciada en soledad desata-



ría la costumbre, sería el principio del final. Pero, cuando no quedaba tiempo para negarse a saber que ellos estaban viniendo, cuando en unas horas no le quedaría soledad que preservar, resultaba inútil luchar contra la tentación. Antes, mientras había visto alejarse hacia el bosque la bicicleta verde de Dionisia, todavía podía engañarse, ignorar que el día que aceptó el ruego de Marcela ella misma había acabado con la forma de vida que ella misma había elegido —y preservado—. Ahora, sentada en el salón, inquietas las rodillas, temblorosos los labios era evidente que (por un oscuro designio y a causa de un par de frases banales en una carta) la amenaza había sido aceptada.

Arrugó la falda hasta medio muslo, casi corriendo salió al jardín y lo atravesó. Después de abrir las dos hojas del portón, avanzó unos pasos hasta el lugar donde Dionisia, invisible para ella que soñaba

ba en aquellos instantes, todas las mañanas descalzaba la bicicleta, pronunciaba un conjuro, se acomodaba la ropa interior. Prudencia separó las piernas, crispó las manos en el borde arrebujaado de la falda y carraspeó.

—Sierva.

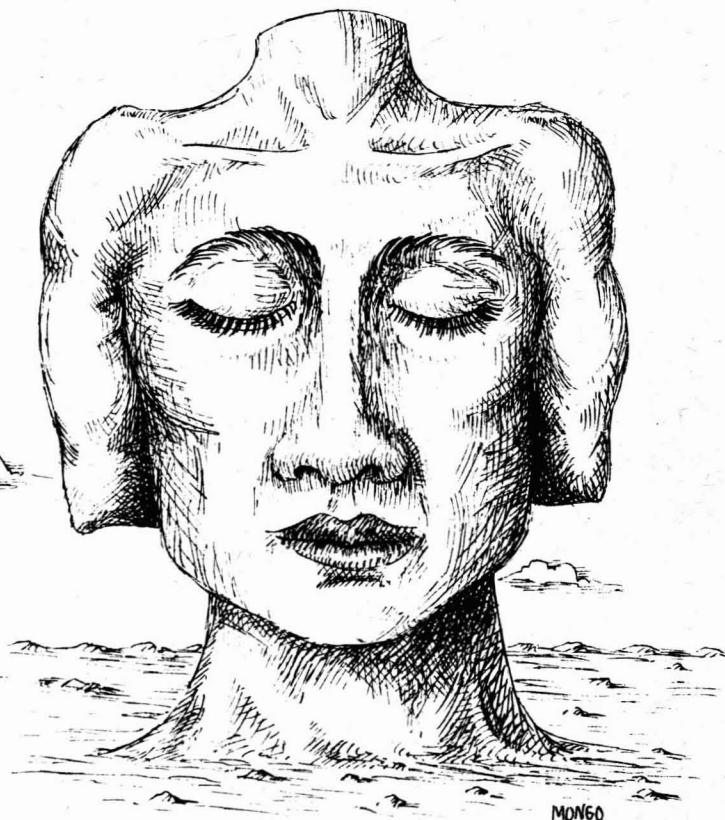
Se ruborizó, temerosa de que alguien, en la inmensidad desolada de la tarde, hubiese supuesto que se había referido a Dionisia.

—No. Yo —precisó en voz más alta, más insegura, con una irremediable sensación de falsedad.

Y, sin embargo, era difícil sustraerse a la luz salvaje, estimulante, al verde ondulado de los árboles, a las caricias del aire en las piernas enfundadas de negro, en los pechos ceñidos de negro, a la alegría de no ser joven y estar viva. Al entrar en el vestíbulo, dejó resbalar la falda a lo largo de las piernas y subió con parsimonia la escalera, ensayando posturas, los recursos mímicos de la languidez fingida, de la voluptuosidad venal, de la altanería, paulatinamente embriagada por la gratuidad de sus actitudes.

Entraba en su dormitorio arqueando las caderas, bamboleándolas, y, de pronto tropezó —o resbaló— dando traspiés, consiguió caer, con medio cuerpo encima de la cama, de rodillas. Duró apenas unos segundos el sobresalto, pero fue bastante para recuperar el orden y la oquedad de los últimos años, volvió, conforme se dejaba ir al suelo y se tendía boca arriba sobre la alfombra, el gusto —como el sabor de la propia saliva— a sentirse siempre acompañada de sí misma, volvieron las tardes serenas con su sequedad luminosa. Aunque durante la siesta se había masturbado y no era frecuente que lo necesitase más de dos veces por semana, ansiaba sin ambages masturbarse. Abrió los brazos en cruz. En un despacho de muebles virtuosísimos, la voz que leía entonaba para Prudencia un himno de eterna libertad. También en aquella remota ocasión había separado las manos del cuerpo.

Así, poseída por ráfagas de memoria, tendida sobre la alfombra, Prudencia determinó que en fechas fijas los reuniría a todos en el salón principal. Anunciaría la hora de la recepción en el memorándum que colgaba sobre el frigorífico. Les recibiría cada vez con un vestido diferente y, en correspondencia, les exigiría atuendos de etiqueta; de Conrado no dudaba que había añadido un chaqué a su equipaje y, sólo por la belleza de su cuello y de sus hombros, toleraría a Niso una camisa abierta. Dionisia, a quien en esos días obligaría a quedarse, serviría el café después de la cena y, acurrucada en un rincón, sería aceptada como una oyente más. Ya que no otro, ese —determinó— habría de ser el precio que sus huéspedes pagaran. Y en tanto fluyesen los recuerdos, ellos escucharían con compostura —escucharían y olvidarían al dejar de escuchar— habitaciones con espejos en los techos, el desorden de la fiesta, el tizón llameante en persecución de su



pubis depilado, el vuelo de las banderillas sobre sus espaldas desnudas, quizá los años de espera y los rosarios al anochecer, el reclinatorio de terciopelo morado, la muerte que nunca llegaba. Más que justa, gratificante para todos —incluida Dionisia— resultaría su necesidad de hablar de amor, aun a riesgo de murmuraciones y de impertinencias. Desde su posición —sentenció— esa clase de necesidad no se pacta.

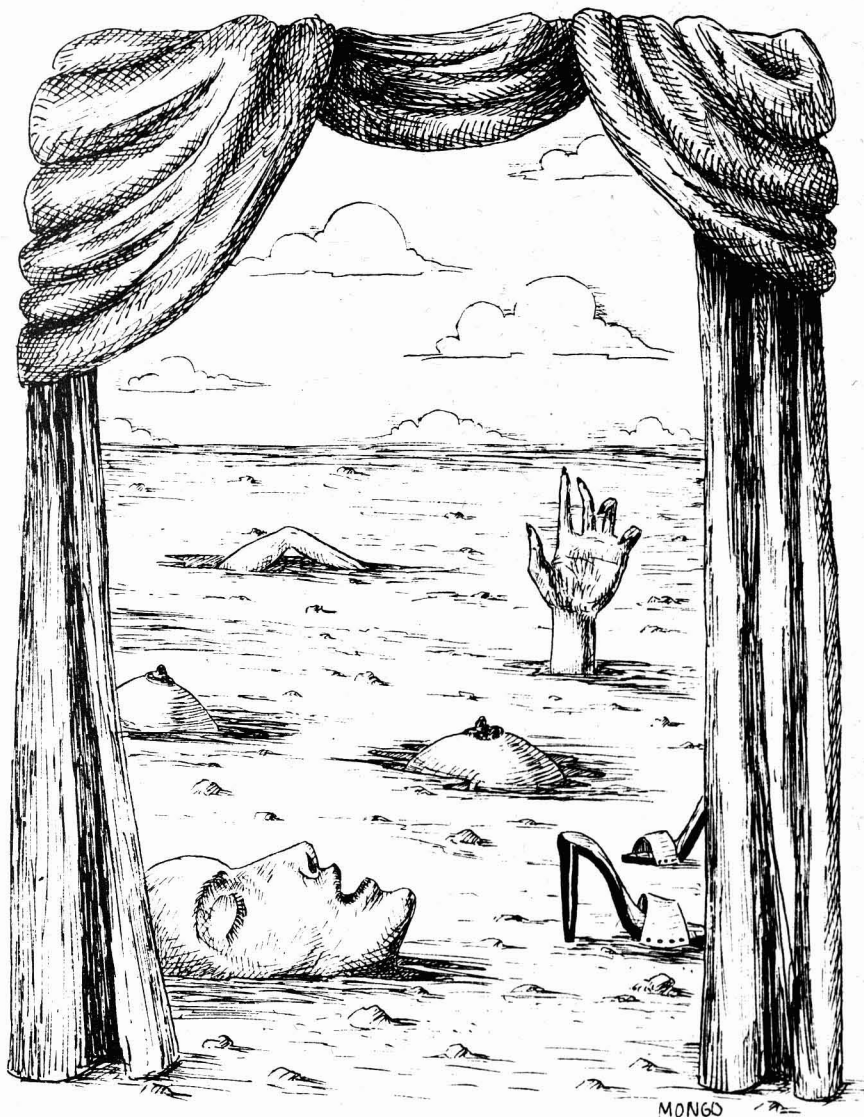
Prudencia se quitó la blusa, que no se había rasgado en la caída, y, sentada frente al espejo del tocador, consideró varias posibilidades de maquillaje. Procedía meticulosamente, creando sobre el dorso de la mano tonalidades, rectificando en sus mejillas, combinando el sombreado de los párpados con la longitud de las pestañas postizas, grabando como a buril el brillo grasiento de los labios. Embadurnaba su piel, abstraída, sin un gesto inú-

til, y la llaneza de un rostro de mujer acorde con su edad se transfiguraba en una máscara que la embellecía y la avejentaba.

Cuando terminó, se acodó en la ventana. En cualquier momento comenzaría la puesta del sol, la tarde se precipitaría en una retirada galopante que su inmovilidad actual no permitía presagiar. Prudencia sabía, no obstante, que le quedaba poco tiempo para que llegase, acuciado por la brisa, el anochecer y para que ella, una vez maquillada por completo, inspeccionase los dormitorios que Dionisia había dispuesto aquella mañana. Una urraca cruzó rasante sobre el camino del bosque. Quizá Dionisia estaría lavándose ahora en un barreño su pomposa cabellera rubia y entrecana. Prudencia volvió ante el espejo del tocador.

Con un lápiz de un azul humoso, sujetándose con una mano firmemente cada pecho, se pintó los pezones, capa tras capa hasta conseguir un brillo fosforescente que, aun bajo la gasa negra, centelleaba. Luego, frunciendo los labios, lanzó un lento beso a su imagen en el espejo.

Únicamente le quedaba revisar las habitaciones, asegurarse de que Dionisia había dejado suficiente cena en el frigorífico, y podría ya sentarse en el porche bajo un farol de luz amarillenta, que luciría más y más conforme se consumiese el crepúsculo. Por mucho que tardasen, si lograba al unísono contener y fomentar la necesidad de acariciarse, el tiempo habría de transcurrir sin pesadumbre, sostenido su vacío en la espontaneidad de las sensaciones. Le bastaría para alegrar la espera con la complacencia espesa de saberse allí sentada, bajo la luz amarilla, y simultáneamente verse, desde los senderos del jardín, sentada en la temprana obscuridad bajo la luz amarilla, como una mujer loca por masturbarse, restallando de realidad y de lejanía. Ardiente y provocadoramente adornada, hechizante, la verían al bajarse de los coches y, nada más reconocerla, comprenderían que durante una fracción de segundo la habían desconocido. En el aire aún cálido los grillos acribillarían la noche. Y ella, Prudencia, habría sido una vez y no dejaría de ser nunca en la memoria de los recién llegados una fastuosa aparición en el centro de una inmensidad desértica. Algo así —y en cuanto se decidiese a salir al porche habría de representar esa figura bajo la luz amarilla— como la efígie engañosa de la soledad antes de un abrazo bajo unos fuegos de artificios. Pero, pasada la instantánea sorpresa, estaba segura de que, al menos Marcela, quizá también Darío, conjurarían la rozagante hermosura de su juventud, años antes de que ellos la conociesen, y, sin pausa, sin que su belleza se alterase ni siquiera ella moviese un músculo, quedaría en ellos indeleble, superponiéndose una a otra, la triple imagen de una irrealidad, de una presencia y de un cuerpo asequible a muy alto precio. Cerró el frigorífico; Dionisia, como de costumbre, no había olvidado nada.



MONGO